

A mi abuelo

Jerónimo Martínez

Director del Colegio Pablo VI. A Rúa (Orense).

I

Cuando muera mi abuelo,
con él morirá mi pueblo.

Vengo de estar con él,
vengo de ver sus ojos,
cansados de mucho ver y poco mirar;
esos ojos, tras burladeros de carámbano,
esos ojos de vidrio
que se taparán con limpio cristal.

El día que muera mi abuelo,
con él morirá mi pueblo.

En su último aliento
expirarán unísonos cinco siglos.
Cuando se cierren sus ojos animados,
abrirá la historia cinco videos.
Cuando muera mi abuelo...

Porque en el limo de sus venas
duerme la repoblación de España,
y en sus callos y en sus dedos
hay restos de moriscos y judíos.
Porque en sus ojos quedan chispas
de guerrillas y afrancesados y carlistas.
Porque en sus ojos se ve América,
y se ven indios.
Y porque sus ojos ocultan la guerra
y el extraperlo y Franco.

¡Mi abuelo ha muerto!
¡Viva mi abuelo!

II

Cuando entierre a mi abuelo,
seré el forense
que certifique la muerte de mi pueblo.

Firmaré con los cinco dedos
la arcilla apretada en mi puño,
como cuando era niño
y hacía figuras sin vida que vivían;
firmaré con pena
la muerte de mi pueblo al enterrar a mi
abuelo.

Firmaré que la escuela yace sin muros,
la iglesia cerrada, vacío el sagrario,
y la pila bautismal
rebotando lágrimas de difuntos;
casas sordomudas,
chimeneas sin humo,
corrales sin gallinas, esquinas sin perros,
calles largas, tejados hundidos,
hierbas y hierbas
y en la plaza zarzas pálidas.
¡Y el cementerio!
¡Mi abuelo ya está enterrado!



III

Abuelo que estás en la tierra
y estás en el cielo,
escucha el clamor acerado
de manos que nunca han cavado;
balidos urbanos de bocas que nunca han pastado.
¡Abuelo!, observa el color de solarium,
la fuerza de músculos gimnásticos,
que quieren ganar una estatua,
estatua como hombres de campo;
que tienen cien títulos y son doctores
de universidades y organizaciones;
palabras las tuyas de tristes cenizas
y sus voces vano humo son.

Las tuyas, abuelo, las tuyas
eran dulces como almíbar
y saladas como sudor.
Déjame que las recuerde,
ahora en caliente, ahora,
cuando me llevabas a la Peña del Agua,
o a la Cueva la Loba, o a los linares de arriba,
o a la viña gorrina o a los nuevos barciales.
Abuelo, te decía, la aijada y pincha a la rubia,
a la linda, abuelo, que no paze nada.
Abuelo, la mora, otra vez tora.
Abuelo, las mullidas y el cornal,
el sobeo del carro y a uncirlas al yugo.
Abuelo, el barril, la capa y el fardel.

Abuelo, para ti el verdadero título.
Para ti hoy una misa que sea un monumento,
porque sin ser ecologista, abuelo,
amaste la tierra como se ama el cielo.